

La Barcelona revolucionaria y el corsé

Un libro resigue la relación entre la moda femenina y los cambios sociales y urbanísticos en la capital catalana, que aspiró a convertirse en un segundo París | La máquina de vapor, la Primera Guerra Mundial o las epidemias contribuyeron insospechadamente a incrementar el confort en el vestuario femenino



[Imágenes históricas de la moda barcelonesa](#) - Algunas de las fotografías e ilustraciones que ha recopilado la escritora Elisenda Albertí en el libro 'Un passeig per la moda de Barcelona'

Desde damas de alta cuna con las rodillas atadas para no romper el traje en La Rambla hasta pálidas musas del Romanticismo con serios problemas para respirar bajo el corsé, comer o sentarse. Las mujeres de Barcelona no fueron ajenas a los represivos rigores de la moda femenina en los siglos XVIII, XIX y XX y su liberación de elementos como el miriñaque, el polisón, el corsé o la cotilla fueron auténticas conquistas sociales y de género. Y la ciudad condal no fue solo escenario de estos cambios, sino que los impulsó sin querer con su ambición urbanística y comercial, el despegue industrial de la burguesía y la emergencia de nuevas clases sociales. Factores insospechados, como la primera máquina de vapor o la mortalidad infantil allanaron el camino a una

moda más cómoda, progresista y asequible, que no consiguió triunfar hasta los felices años 20.

[Un passeig per la moda de Barcelona. Modistes, sastres, botigues... del mirinyac als anys vint](#), editado por [Albertí Editor](#) y escrito por su directora, Elisenda Albertí, es una crónica lúdica por las principales transformaciones del vestuario catalán. También recuerda los sastres y modistas más famosos de la historia barcelonesa y los establecimientos y calles comerciales que más renombre adquirieron. En un apéndice, reseña también cuáles han sobrevivido (las camiserías Xancó y Bel y las firmas Santa Eulàlia y Gonzalo Comella), una centenaria a punto a desaparecer (El Indio) y tres víctimas contemporáneas de la especulación y la falta de relevo generacional (la cotillería Serra y las camiserías Bonet y Flotats).

París, mon amour

Hasta mediados del siglo XVIII la forma de vestir de los catalanes era bastante homogénea. A excepción de la nobleza más rica, cada ciudadano disponía de uno o máximo dos conjuntos de ropa. La barretina masculina y el pañuelo femenino para la cabeza eran los únicos toques decorativos a una indumentaria muy sencilla y sobria. Tras la victoria borbónica en la Guerra de Sucesión, la nobleza afín a la Corte adoptó la moda francesa de la nueva dinastía, mucho más sofisticada, e introdujeron nuevos elementos: la peluca, anchas bocamangas, guantes y medias de seda, zapatos con hebilla de plata – para ellos– o con talones –para ellas– y el miriñaque, una aparatosa estructura de aros que se colocaba bajo la falda para darle un volumen acampanado.

La moda afrancesada se fue filtrando a otras capas de la sociedad, aunque solo entre círculos acomodados. Parte de la culpa la tuvo el reciente permiso para comerciar con América, hasta entonces vetado a Catalunya, que expandió la industria algodonera indiana y trajo tejidos más variados y baratos. Sin embargo, del país vecino llegó también la Revolución Francesa, que iba aparejada a nuevas modas. Erradicó todo signo aristocrático, como la peluca y el maquillaje por ejemplo, y temporalmente arrinconó al miriñaque y a los agobiantes corpiños en favor de la camisa femenina, un vestido largo y ligero, recto aunque escotado y atado bajo el pecho.

La máquina de vapor –la primera del Estado se instaló en la calle Tallers en 1832– disparó la producción textil y la abarató lo suficiente como para llegar poco a poco a las clases populares. El vestido tradicional quedó solo para las grandes ocasiones, como bodas, fiestas mayores y actos religiosos.

El boom

Con la llegada del siglo XIX Barcelona había experimentado un boom de tiendas textiles –¡más de 1.200 solo en la actual Ciutat Vella!–, que daban salida a la oferta ahora abundante de telas y complementos. Nacieron también

oficios y comercios especializados, como las sombrererías, corbaterías o paragüerías, aunque la aparición estrella fueron las versátiles mercerías, donde podía comprarse casi de todo. Las modistas legalizaron sus talleres y, pese a la oposición del gremio de sastres, se incorporaron a la oferta comercial.

Todo ello coincidía, no por casualidad, con el ascenso de una nueva clase, la burguesía industrial textil, que trataba de compensar con su opulenta imagen la falta de títulos nobiliarios. Sin embargo, las ansias de aparentar y corrientes literarios como el Romanticismo volvieron a someter a la mujer a una estética cargada e incómoda. Reaparecieron el corsé, los vestidos con cintura de avispa y las voluminosas faldas –muy pesadas de mover–, ahuecadas con refajos almidonados o de nuevo con el miriñaque. Se consideraba grácil además la debilidad y la palidez, que incluían comer y beber poquísimos y fingir –sino sufrir– algún desmayo de vez en cuando. Los hombres incorporaron el frac, el sombrero de copa, la melena y el monóculo.

Los cambios de estación empezaron a transformarse en ostentosos rituales sociales. Así, el Día de Todos los Santos la Rambla se convertía en un desfile de la vestimenta de invierno, hiciera frío o no, mientras que la procesión de Corpus ejercía la misma función respecto a las tendencias de moda veraniega. Aunque París era el gran referente de la moda internacional, Barcelona poco a poco se había hecho un hueco por el prestigio de su industria textil, en especial por la calidad del terciopelo, el tul y la gasa. [La inauguración de Gran Teatre del Liceu](#) en 1847 propició un nuevo escenario de lucimiento, precedente de las amplias arterias que abriría el Eixample tras el [ansiado derribo de las murallas](#) (1854-1856).

La segunda mitad del siglo XIX fue una época dorada para la ciudad. Vio florecer el Modernismo, acogió la primera Exposición Universal, inauguró el Hipódromo de Can Tunis, extendió [el veraneo y el uso de las playas](#)... Y el ajetreo tuvo su reflejo en la moda, con continuos cambios de tendencia. El flamante Passeig de Gràcia contempló la popularización del polisón –un cojín situado en la parte baja de la espalda para abultar las faldas–, acompañado muchas veces de una larga cola. Una efímera 'moda estrecha' extendió la estrechez de cintura a todo el vestido, lo que conllevaba serias dificultades para andar. Pero el incipiente turismo requería tonos más claros, tejidos más ligeros, sombrillas y faldas hasta el tobillo. En cambio, el ideal modernista de silueta en forma de S favorecía el retorno de la cotilla, los vestidos recargados de puntas, encajes y adornos, los estampados de flores y los sombreros con plumas y lazos. La moda masculina fue menos volátil y se rindió al hombre de negocios, asentando definitivamente la comodidad del pantalón y americana.

Hacia la liberación

La modernidad también iba aparejada al avance científico y a la promoción de una mayor higiene. Y fue la ciencia la que, luchando contra la moral, inició el lento camino de acortamiento de las faldas. El polvo que levantaban las mujeres al pasear extendía enfermedades como la tisis y la difteria, en especial

entre los niños, que respiraban el aire más cercano al suelo. Algunas mujeres ilustradas, hijas de familias adineradas, adoptaron un vestuario más progresista, con sostenedor en vez de corsé, faldas rectas hasta el tobillo y, por primera vez, la escandalosa falda-pantalón.

La Primera Guerra Mundial (1914-1918) trajo, sin preverlo, dos consecuencias colaterales determinantes para afianzar la liberación moral y de vestuario de la mujer. Al declararse neutral España, la industria catalana vendió ropa a los dos ejércitos en contienda y vivió una exultante prosperidad. Ello conllevó la aparición de una nueva generación de oficios modernos, normalmente realizados por mujeres: dependientas, mecanógrafas y telefonistas. Tenían una cierta independencia económica, sin las ataduras del aparentar burgués, y abrazaron con gran entusiasmo modas desinhibidas como el charleston americano, el pelo corto a lo garçon y el [Paralelo del vodevil](#). En la Europa en guerra, las mujeres ocuparon los puestos de trabajo de los hombres que luchaban en el frente, que antes les estaban vetados y que ya no abandonarían después del conflicto. El Art Déco, amante de las formas simples y aerodinámicas, enterró para siempre los artificios anteriores y la fascinación por las atléticas y atrevidas estrellas de Hollywood remató la faena.

Eran los felices años 20 y Barcelona irradiaba modernidad, vivía convulsas luchas sociales y [descubría el placer del ocio](#). Y aunque el siglo XX deparaba a Barcelona tragos muy amargos –el crack del 29, la Guerra Civil, la posguerra, la dictadura...–, las conquistas de género de aquella década persistieron y aún sobreviven. Incluso algunos de los comercios y marcas de entonces sigue en los rótulos de la ciudad. La Barcelona contemporánea y de diseño debe más de lo que cree a la revolución del corsé femenino.